

La protesta como política: generalización y explicación en la sociología histórica¹

Rod Aya

(Traducción: Leopoldo Moscoso)



La protesta en la sociología histórica es principalmente la protesta popular —la acción colectiva de confrontación que emprenden los desvalidos para remediar las injusticias. Convertida en una creciente industria académica desde los años sesenta, la investigación sobre la protesta (pasada y presente) llena en estos momentos una vasta literatura monográfica cuyo problema no es la escasez de hechos sino el exceso de ellos (Rule, 1988). Para poder manejar esos hechos conviene considerar algunas generalizaciones históricas junto con una teoría que las ordene en un argumento explicativo que pueda contrastarse con la evidencia. Las generalizaciones sobre la protesta consistentes con la evidencia publicada describen acciones colectivas, intenciones políticas, capacidades para actuar concertadamente y oportunidades de éxito.

Definición

Antes de las generalizaciones históricas, algunas definiciones terminológicas. Cualquier acción que la gente emprende para alcanzar metas comunes es *acción colectiva*. Cualquier acción colectiva que se emprende en contra de otra gente es confrontación. Y cualquier acción colectiva de confrontación que se emprende para remediar injusticias es *protesta*. Además, la protesta es *violenta* cuando inflige daño físico a personas o propiedades; es *popular* cuando implica como participantes a los desfavorecidos, y es *vigilante* cuando no es sancionada por la autoridad pública —tanto si es insurgente como resistente.

Según estas definiciones, la sociología histórica estudia principalmente la *protesta violenta, popular y vigilante*, pese a que la mayoría de la protesta popular vigilante no es violenta y la mayor parte de la protesta popular violenta está autorizada (incluso orquestada) desde el gobierno o desde la oposición. Los sociólogos históricos hablan más sobre motines anti-fiscales y revueltas de hambre que sobre peticiones o manifestaciones, o sobre guerras de guerrillas y terrorismo, y también más sobre protestas abiertas que obtienen publicidad que sobre protestas encubiertas (como murmuraciones, ab-

sentismo o sabotaje) que escapan a cualquier detección (Scott, 1990). Dentro de estos límites, sin embargo, los sociólogos históricos han producido una rica evidencia empírica sobre las acciones de protesta y las intenciones, capacidades, y oportunidades de la gente que las lleva a cabo. Esa evidencia refuta la teoría volcánica o del big bang de la protesta popular como una erupción de la ira de las masas y confirma su explicación estratégica como «la política por otros medios» (Aya, 1990).

Acciones

Comencemos con las acciones colectivas de confrontación que definen la protesta. La sociología histórica las contempla como selectivas en sus objetivos, metódicas en sus técnicas y oportunistas en su configuración temporal. Su objetivo es (como regla general) personas o autoridades a las que se culpa de injusticias específicas; su técnica es un proceso o estratagema estándar —el trabajo de las minorías militantes; y su ocasión coincide con la aparición de los aliados o del estímulo, tolerancia, debilidad o colapso del gobierno.

Para explicar por qué la protesta popular es selectiva en sus objetivos, metódica y oportuna en sus técnicas y en su configuración temporal, los sociólogos históricos consideran las intenciones, capacidades y oportunidades de los participantes en tanto lo permitan los testigos presenciales y la documentación histórica. Aquí encuentran que la intención de los que protestan es obtener o mantener las cosas a las que creen tener derecho, no poner el mundo patas arribas; que tienen la capacidad de actuar concertadamente gracias a sus propios recursos, su organización y su conocimiento práctico; y que tienen la oportunidad de salirse con la suya gracias a aliados poderosos, a la laxitud oficial o ambos a la vez.

Estas generalizaciones —sobre las acciones de protesta y las intenciones, capacidades y oportunidades que las motivan y constriñen— pueden parecer extrañas e incluso perversas a los lectores formados en la teoría volcánica (cuyo imaginario causal de agresión eruptiva debida a una frustración insoportable impregna tanto el periodismo como la ciencia social), así que consideraremos el argumento más en profundidad.

Intenciones

La sociología histórica encuentra que la protesta es selectiva en su objetivo porque su intención es reparar daños específicos de los que se acusa a personas privadas o autoridades públicas, no solventar de un golpe todas sus frustraciones ni reconstruir radicalmente el Estado y la sociedad. Aquí la evidencia es abrumadora. Léase con detenimiento cualquier estudio competente sobre la protesta, obsérvese lo que dice sobre quién ataca y por qué, y se verá que el objetivo es siempre acusado de injusticia —de violar los derechos que reclaman los que protestan. La violación de derechos (a la libertad, la propiedad, la protección, la soberanía, la subsistencia o la remuneración) constituye el conjunto de agravios que la protesta reparará mediante el castigo a los ofensores. Para comprender la protesta, por tanto, los sociólogos históricos empiezan por las reivindicaciones que las motivan.

Darse cuenta de que las reivindicaciones son violaciones de los derechos (rupturas del contrato social) sugiere una tipología conveniente de las acciones de protesta, pero toca un par de temas espinosos —ideología y violencia— que ninguna explicación en términos de intenciones puede permitirse ignorar.

En primer lugar, la tipología. Tilly clasifica las acciones de protesta de acuerdo con los derechos reclamados. Si los derechos reclamados entran en conflicto con los correspondientes derechos de los rivales, tenemos una protesta *competitiva*; si los derechos reclamados fueron establecidos o disfrutados pero han sido revocados o usurpados, tenemos la protesta *reactiva*; y si los derechos reclamados son derechos anunciados pero aún no disfrutados, tenemos la protesta *proactiva* (1978: 143-47).

Como cualquier otra taxonomía, el esquema de Tilly clasifica, no explica —aunque facilita una generalización histórica personal sobre Europa, a saber, que los tipos de protesta caracterizan estadios en la formación del Estado y de la organización económica: la protesta competitiva es el tipo preponderante antes de 1600, la protesta reactiva lo es entre 1600 y 1850, y la protesta proactiva después de 1850 (1978: 148-49). La protesta reactiva (fundamentalmente motines anti-fiscales y revueltas de hambre) reivindica viejos derechos en contra de

las pretensiones del Estado y del mercado, mientras que la protesta proactiva (básicamente la manifestación y la huelga) asume la existencia de tales instituciones y reclama nuevos derechos dentro de ellas. El predominio de las manifestaciones y las huelgas pone de manifiesto el predominio de los hombres de negocios y de los burócratas. Si los tipos de protesta siguen las tendencias del poder y de la producción, la protesta competitiva (por ejemplo, las reyertas étnico-tribales y las guerras de banderías) deberían resurgir cuando los gobiernos y las economías se colapsan. La historia actual parece confirmar tal prognosis.

Obsérvese que formas particulares de protesta pueden pertenecer a tipos diferentes de protesta en situaciones diferentes. La huelga o la manifestación pueden ser proactivas, reactivas o competitivas (o las tres a la vez) dependiendo de la intención —ésta puede hacer varias reclamaciones sobre diferentes objetivos simultáneamente². La guerra de guerrillas o el terrorismo pueden actuar de la misma manera, pero el motín anti-fiscal y la revuelta de hambre sólo pueden establecer demandas reactivas (y desaparecen casi por completo allí donde el Estado nacional y el mercado eclipsan a la sociedad local) y en la actualidad están prácticamente extintas.

Ahora la ideología. La sociología histórica se encuentra con que la intención de la protesta popular vigilante es la obtención de derechos, no abolir el orden sociopolítico existente e instituir uno nuevo —y cuando la protesta pretende proyectar cambios radicales en el Estado y en la sociedad, los inspiradores son intelectuales revolucionarios, no los sometidos ordinarios, cuya idea de una buena sociedad es el *status quo*, pero sin injusticia (Moore, 1978: 351-52, 370). En una palabra, los desfavorecidos y los intelectuales tienen distintos objetivos y, como consecuencia, la protesta a menudo se distancia de la vanguardia ideológica.

Una breve referencia a los hechos no puede sustituir a la investigación comparativa, pero anima a los lectores a comprobarlo por sí mismos. No debería costarles apreciar que los rebeldes contra los impuestos pretendían impedir que se exijan nuevos impuestos; que los sublevados en las revueltas de hambre pretendían obtener el pan vendido a un precio justo; o que los huelguistas pretendían (como regla) obtener salarios más altos, menos horas o mejores condiciones de trabajo. Pero podrían tener proble-

mas para ver que lo sometidos rara vez manifiestan demandas socialmente radicales a menos que los intelectuales revolucionarios pongan esas palabras en su boca. Los contraejemplos aparentes constituyen la mejor evidencia, así que consideremos algunos casos donde las situaciones revolucionarias proporcionan a los desfavorecidos la oportunidad de exigir lo que quieren³.

Los rebeldes de la Revuelta Campesina Inglesa de 1381 y los de la Guerra de los Campesinos Alemanes de 1525 exigían la abolición de la servidumbre —proponiendo conmutar las prestaciones de trabajo servil por una renta de emancipación— pero respetaban las reservas señoriales e incluso estaban dispuestos a trabajar en ellas a cambio de salarios (Oman [1906] 1968: 64, 198; Franz [1933] 1977: 123-25). Los clérigos revolucionarios sociales como John Ball y Thomas Münzer alcanzaron sólo el martirio —con más efecto sobre la historiografía que sobre los sucesos—. Siglos más tarde, campesinos rebeldes en la Francia de 1789 rehusaron pagar las rentas a sus señores, saquearon y quemaron algunos castillos, aunque rara vez hirieron a la gente, y no asesinaron a nadie, mientras que en la Rusia de 1917 dejaron de pagar las rentas de las tierras señoriales que tenían en arriendo, anexionaron el resto a sus aldeas, saquearon y quemaron algunas dachas, pero asesinaron a muy poca aristocracia (Lefebvre [1932] 1972: 108, 120; Keep, 1976: 208-9, 213). En la ciudad, los *sans-culottes* eran auxiliares del gobierno que exigían (por su cuenta) pan barato y abundante; y los trabajadores hicieron huelga por salarios más altos, horarios más cortos, mejores condiciones de trabajo y seguridad en el empleo (Rudé, 1959: 200-208; Moore, 1978: 368-71). Allí donde los desvalidos intentaron dar la vuelta al mundo (como en la China de Taipeing y los movimientos comunistas) recibían órdenes de los intelectuales revolucionarios (Jen, 1973; Benton, 1992).

Si la intención de la protesta es fundamentalmente reformista y no revolucionaria, ¿por qué la historia de la protesta es tan violenta que todos los casos citados acumulan una enorme cifra de víctimas? La cuestión no tiene una respuesta fácil y exigiría un tratado en lugar de un exíguo párrafo, pero los lectores deben observar lo que es obvio: cuando los desfavorecidos se unen para defender sus derechos, su satisfacción significa un cambio —de políticas, de sistema

político o de sociedad— que perjudicará a los intereses creados que, a su vez, pueden tomar represalias. Cuando la protesta genera violencia, la mayoría de las víctimas ocurren entre quienes protestan, no entre los poderosos, ya que son los sicarios de éstos quienes causan la mayor parte de los muertos y heridos. De igual manera, la violencia revolucionaria que asesina a millones de personas se debe principalmente a los nuevos dirigentes obsesionados con el poder del Estado y con el cambio social, no a los rebeldes que buscan reparaciones (Melson, 1992). La colectivización de la agricultura de Stalin, por ejemplo, costó más vidas que todas las bajas de todos los beligerantes en la Iª Guerra Mundial, mientras que el Gran Salto hacia adelante de Mao tuvo un coste aún mayor, debido sobre todo a las muertes por hambre (Conquest, [1986] 1988: 4, 306; Bernstein, 1984). Los rebeldes nunca causan carnicerías semejantes, aunque se aproximan a ello cuando ambos bandos se enzarzan en una guerra civil.

Para explicar la violencia popular, los sociólogos históricos señalan primero sus objetivos estratégicos y simbólicos, sosteniendo que aquella constituye tanto una afirmación de intenciones como una sanción de sus demandas. Lo que intentan hacer es descifrar los significados codificados en detalles espeluznantes —y encuentran que la violencia popular (si bien atroz y espantosa) está muy rutinizada e imita típicamente los castigos tradicionales que infligen las autoridades (Davis, 1975). Los lectores con un cierto gusto por la semiótica y un estómago fuerte pueden contar con hallar abundante material de investigación en estos casos.

Capacidades

ero no basta con las intenciones políticas para explicar la protesta.

Veamos ahora las capacidades para actuar concertadamente. Aquí la sociología histórica encuentra que la protesta es metódica en su técnica y, sobre todo, resulta del trabajo de las minorías militantes. ¿Por qué? Porque los modos de la protesta disponibles están pulcramente agrupados en lo que Tilly (1978, 1986) denomina *repertorios* —conjuntos factibles de alternativas ya ensayadas—, y porque convertir los elementos de repertorio en opciones vitales

exige recursos materiales, organización social y conocimiento estratégico. Me explicaré:

Las capacidades (las formas de protesta que la gente puede emplear para exigir sus derechos) son programas de acción colectiva que poseen procedimientos operativos estándar. El conjunto total de los programas de acción colectiva que la gente puede poner en marcha en un apuro es su repertorio. Cuando los individuos se unen en defensa de sus derechos, no se desbocan —siguen el guión de un determinado repertorio.

Pensemos en lo que esto significa. Las formas de protesta denominadas *jacquerie* (motín de los campesinos), motín anti-fiscal, revuelta de hambre, manifestaciones, huelgas de trabajo y movimientos sociales son programas de acción colectiva —actividades coherentes que requieren fondos, organización y conocimiento práctico para dirigirlos. Los lectores saben en qué consiste una manifestación, una huelga y un movimiento social, pero no una *jacquerie*, un motín anti-fiscal o una revuelta de hambre. La *jacquerie* significa que las milicias aldeanas se reúnen y se enfrentan a los señores, exigen cambios, juran violencia si no obtienen una satisfacción, producen daños hasta que obtienen sus reivindicaciones o son reprimidos y luego vuelven a la obediencia. El motín anti-fiscal sigue un guión similar, pero en este caso el objetivo son los recaudadores de impuestos (no los señores, quienes pueden llegar a ayudar a los rebeldes), cuyas instalaciones son arrasadas y a quienes se apalea —algunas veces con resultados fatales. La revuelta de hambre supone que la gente (principalmente mujeres) se incauta del pan y fuerzan su venta a precios por debajo de los de mercado (Tilly, 1986; Thompson, 1991). La manifestación (demostración de fuerza política), la huelga (paro concertado en el trabajo) y el movimiento social (enfrentamiento en nombre de una base social) son rutinas familiares hoy en día (Tarrow, 1989, 1994).

Por lo que respecta a los recursos materiales, la organización y el conocimiento práctico que convierten los elementos de repertorio en opciones vivas, los sociólogos históricos han descubierto algo tan obvio que sólo una teoría podía haberlo ocultado: los que protestan no son los miserables de la tierra sino los ciudadanos situados, con los recursos materiales, sociales y estratégicos necesarios para la confabulación y obtención de una satisfacción. Los que protestan deben abrirse camino luchando y pa-

gando —lo cual significa que deben tener armas y dinero. Deben permanecer unidos o les harán pedazos —lo cual significa que deben tener una estructura de mando (aunque sea informal) para recompensar a aquéllos que les ayudan y castigar a aquéllos que se inhiben⁴. Y tienen que saber lo que están haciendo —lo cual significa que deben saber cómo alcanzar lo que quieren. Los que pretenden protestar y adolezcan de esos requisitos deberán adquirirlos —o de otro modo nunca arrancarán.

Una vez más, escanciar algunos ejemplos no es lo mismo que hacer un estudio comparativo, sino sólo un apunte de lo que sería. Pero las ilustraciones (incluso abocetadas) siempre ayudan. La columna vertebral de la guerra del campesinado alemán es la élite villana de alcaldes, jueces, posaderos, herreros y granjeros ricos que llevan picas y mosquetes e incluso reclutan a los campesinos pobres para el movimiento (Franz [1933] 1977: 281, 287). Los sans-culottes incluyen a artesanos, tenderos, empresarios (el rey de la cerveza de París era un activista), profesionales, intelectuales, funcionarios públicos y asalariados, aunque los fanáticos que dominan la política del vecindario de París son principalmente de clase media⁵. Las comunidades campesinas rusas eran propietarias de dos tercios de la totalidad de la tierra, y cuando se apropiaron del resto entre 1917 y 1918 hicieron que participasen todas las familias, tanto para asegurarse el éxito como para compartir equitativamente la responsabilidad en caso de represalias (Shanin, 1972: 150). Una y otra vez es el fuerte y no el débil el que protesta más, y más fuerte (Ranum, 1993; Voskamp, 1994).

Aquí la sociología histórica descubre algo de extraordinario interés: la clase afecta a las capacidades más que a las intenciones. Los grupos combativos en ambos lados de las barricadas pueden tener la misma composición social, tal como Traugott (1985) muestra en detalle —clavando otro clavo más en el ataúd del marxismo.

Oportunidades

Las intenciones y capacidades políticas para actuar concertadamente explican en buena medida la protesta, pero no lo suficiente. Veamos ahora las oportunidades de éxito. La lección que enseña la

sociología histórica es que la protesta depende de la ayuda que recibe de amigos y enemigos —aliados que ayudan y apoyan y oponentes que dudan, se rinden o se derrumban. Quien quiera comprender la protesta no puede olvidar el Primer Mandamiento de Clio: la Cronología es el Rey. Si emparejamos las cronologías de la protesta y la alta política veremos inmediatamente la pauta. La protesta no progresa allí donde no tiene amigos poderosos, sólo enemigos poderosos. Progresa más donde tiene amigos poderosos o enemigos débiles o ambos a la vez. Una causa de la protesta (así como de la guerra) es la esperanza de vencer, y lo que alimenta esa esperanza es la ausencia de un poder que se le resista. La mejor prueba es observar lo que ocurre cuando —gracias al cambio de poder en el gobierno— la protesta pierde repentinamente sus aliados fuertes y gana enemigos enérgicos. Aquí, de nuevo, los sans-culottes son un buen ejemplo, al ser completamente dependientes del patronazgo del gobierno. Los jacobinos, del mismo modo que incorporaron a los sans-culottes como socios en 1793, los expulsaron de nuevo en 1794, y cuando los termidorianos derribaron a los jacobinos persiguieron a los sans-culottes —evidenciando su impotencia y su impopularidad— (Cobb, 1970: 119, 334-35).

Explicación

Cómo encajan estas generalizaciones históricas en un argumento explicativo? Explicar la protesta es deducirla de la situación de quienes protestan —definida por sus intenciones, capacidades y oportunidades— partiendo del supuesto (el principio de racionalidad) de que la gente actúa del modo que cree mejor para alcanzar sus metas, teniendo en cuenta sus capacidades y oportunidades. Los hallazgos sobre las acciones de protesta se siguen (lógicamente) de los que atañen a las intenciones, capacidades y oportunidades —dando por supuesto que la gente actúa como lo hace con objeto de lograr lo que desca bajo las constricciones dadas (Aya, 1994). Nuestro objetivo no es decretar cómo deberían construir sus explicaciones los sociólogos históricos sino codificar cómo explican —no recomendar un método teórico, sino reconocer el que usan.

Los lectores que piensen que este artículo aduce evidencias sólo para ilustrar una teoría y sacrifica la descripción frente a la explicación están en lo cierto, aunque el sesgo es intencional. La evidencia tiene sentido sólo a la luz de una teoría que gobierna su selección y organización y sin la cual es incomprensible. Lo que salva el argumento de una circularidad viciosa es que nuestra teoría es contrastable —la contraevidencia podría falsarla. Mejor es que la teoría sea explícita y se examine críticamente que no que sea implícita y se asuma acríticamente.

NOTAS

¹ Gracias a Gloria Martínez Dorado y a Leopoldo Moscoso por la invitación para este artículo y a Rosanne Rutten, John Wiersma y Frank de Zwart por criticarlo. Una versión previa aparece, sin el aparatage académico pero con solecismos intercalados, bajo «Protesta», en *Encyclopedia of Social History*, ed. Peter N. Stearns (New York: Garland, 1994), 591-95.

² Tarrow denomina *modulares* a las formas de protesta multi-objetivo (1994).

³ Conviene distinguir tres significados de *revolución* —definida en términos de *intención* como un intento de realizar un rápido, radical y violento cambio de Estado o de sociedad, en términos de *resultado* como un rápido, radical y violento cambio de Estado o de sociedad con independencia de si esa fue la intención inicial, y en términos de *situación* como una batalla campal por el poder del Estado, sin perjuicio de la intención inicial o de su resultado. Conviene también leer estas definiciones de atrás adelante —no de izquierda a derecha sino de derecha a izquierda—. No se trata de preguntar qué es una revolución —y responder que un intento, un cambio o una batalla— sino de preguntar cómo llamar a semejante intento, cambio o batalla —y responder que es una revolución (Aya, 1990, 1994).

³ El argumento aquí es simple lógica situacional —la lógica de dos situaciones en las que las personas pueden o unirse a la acción colectiva o quedarse descolgados (es decir, o todos van juntos o cada uno por su lado). En la primera situación, la gente quiere una recompensa colectiva que sólo se puede obtener a través de la acción colectiva, pero de la que disfrutarán lo mismo tanto si participan como si no lo hacen. En la segunda situación, la gente quiere además recompensas individuales que sólo se pueden obtener participando. La teoría predice que la gente participará en el segundo caso (esto es, estarán todos a una) y eludirá la participación en el primero (es decir, cada uno irá por su cuenta). ¿Por qué? Porque para obtener lo que desean *deben* participar en el segundo caso, mientras que *pueden* no hacerlo en el primero. Sin recompensas individuales, no hay acción colectiva (Olson [1965] 1971). Los críticos dicen que esta teoría reduce el activismo social a mero *egotismo*. Pero el argumento de que la gente se escaquea si de todas formas va a obtener lo que desea —y, por tanto, que la acción colectiva requiere recompensas individuales— es antiguo. Aparece en Tucídides cuando la par-

ticipación militar es su propia recompensa (2.8, 4.14), cuando Pericles destaca las recompensas individuales de la ciudadanía y el problema del gorrón (1.141, 2.35-46, 60-65), cuando los comandantes espartanos amenazan con castigar a los cobardes (2.87), y cuando Brásidas dice que los *bárbaros* enemigos son tigres de papel que desertan cuando les viene en gana con total impunidad y sin pudor alguno (4.126).

³ Cobb dice que «las pequeñas minorías de militantes revolucionarios», de doce a veinte hombres como mucho dominaron cada sección de París (1970: 122). Cuarenta y ocho *secciones* por veinte hombres cada una significa un núcleo de *sans-culottes* de 960 en una ciudad de 600.000 habitantes —un militante por cada 600 habitantes. Schama dice que todo el «movimiento» de *sans-culottes* de París comprendía de 2.000 a 3.000 «fanáticos revolucionarios comprometidos», muchos de los cuales no eran artesanos ni trabajadores sino «abogados, artistas, impresores, autores de teatro, actores y periodistas» (1989: 720, 711).

BIBLIOGRAFIA

- AYA, Rod (1990): *Rethinking Revolutions and Collective Violence: Studies on Concept, Theory, and Method*. Amsterdam, Spinhuis.
- AYA, Rod (1994): «Making Sense of Revolutions and Collective Violence: Ever Since Thucydides», en *Transactions: Essays in Honour of Jeremy F. Boissierain*, ed. Jojada Verrips, 251-165, Amsterdam, Spinhuis.
- BENTON, Gregor (1992): *Mountain Fires: The Red Army's Three-Year War in South China, 1934-1938*, Berkeley, University of California Press.
- BERNSTEIN, Thomas P. (1984): «Stalinism, Famine, and Chinese Peasants: Grain Procurements during the Great Leap Forward», *Theory and Society*, 13: 339-77.
- COBB, Richard (1970): *The Police and the People: French Popular Protest, 1789-1820*, Oxford, Oxford University Press.
- CONQUEST, Robert [1986] (1988): *The Harvest of Sorrow: Soviet Collectivization and the Terror-Famine*, Londres, Arrow.
- DAVIS, Natalie Zemon (1975): *Society and Culture in Early Modern France*, Stanford Calif., Stanford University Press.
- FRANZ, Günther [1933] (1977): *Der deutsche Bauernkrieg*, 11th ed. Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- JEN YU-WEN (1973): *The Taiping Revolutionary Movement*, New Haven, Conn., Yale University Press.
- KEEP, John L. H. (1976): *The Russian Revolution: A Study in Mass Mobilization*, Londres, Weidenfeld and Nicolson.
- LEFEBVRE, Georges [1923] (1973): *The Great Fear of 1789: Rural Panic in Revolutionary France*, Trans. Joan White, Nueva York, Pantheon.
- MELSON, Robert F. (1992): *Revolution and Genocide: On the Origins of the Armenian Genocide and the Holocaust*, Chicago, University of Chicago Press.
- MOORE, Barrington Jr. (1978): *Injustice: The Social Bases of Obedience and Revolt*, White Plains, Nueva York, Sharpe.
- OLSON, Mancur [1965] (1971): *The Logic of Collective Action: Public Goods and the Theory of Groups*, 2d. ed., Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- OMAN, Charles [1906] (1968): *The Great Revolt of 1381*, Nueva York, Haskell.

- RAMUN, Orest (1993): *The Fronde: A French Revolution, 1648-1652*, Nueva York, Norton.
- RUDÉ, George (1959): *The Crowd in the French Revolution*, Oxford, Oxford University Press.
- RULE, James B. (1988): *Theories of Civil Violence*, Berkeley: University of California Press.
- SCHAMA, Simon (1989): *Citizens: A Chronicle of the French Revolution*, Nueva York, Knopf.
- SCOTT, James C. (1990): *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*, New Haven, Conn., Yale University Press.
- SHANIN, Teodor (1972): *The Awkward Class: Political Sociology of Peasantry in a Developing Society: Russia, 1910-1925*, Oxford, Oxford University Press.
- TARROW, Sidney (1989): *Democracy and Disorder: Protest and Politics in Italy, 1965-1975*, Oxford, Oxford University Press.
- TARROW, Sidney (1994): *Power in Movement: Social Movements, Collective Action and Politics*, Cambridge, Cambridge University Press.
- THOMPSON, E. P. (1991): *Customs in Common*, Londres, Merlin.
- THUCYDIDES [400 A.C.] (1989): *The Peloponnesian War: The Complete Hobbes Translation*, Ed. David Grene, Chicago, University of Chicago Press.
- TILLY, Charles (1978): *From Mobilization to Revolution*, Reading, Mass., Addison-Wesley.
- TILLY, Charles (1986): *The Contentious French*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- TRUGOTT, Mark (1985): *Armies of the Poor: Determinants of Working-Class Participation in the Parisian Insurrection of June 1848*, Princeton, N. J., Princeton University Press.
- VOSKAMP, Henk (1994): «When Fathers Betrayed Sons: Conflict Resolution and Conflict Escalation in Early Modern Europe: Rural Conflict in Germany, France and England in the Sixteenth Century». En *The World of the Peasantry*, ed. Stuart Woolf, 11-48, Florencia, European University Institute.

